

Ana María Shua

EL CUERPO ROTO



Precio papel: 19 euros

Precio: Ebook 7,99

ISBN: 978-84-8393-375-6

Páginas: 192 pp.

Salida del libro: 19 de noviembre de 2025

TEMAS

CUERPO | ENFERMEDAD |

AUTOFICCIÓN | CUIDADO |

MEDICINA | AUTOBIOGRAFÍA |

Editorial Páginas de Espuma

+34 91 522 72 51 || prensa@paginasdeespuma.com

Información: www.paginasdeespuma.com





SCAN ME



Biografía

Ana María Shua (Buenos Aires, 1951), publicó en 1967 su primer libro, *El sol y yo*, poemas. En 1980 su novela *Soy Paciente* (llevada al teatro) obtuvo el premio Losada. Sus otras novelas son *Los amores de Laurita*, (llevada al cine), *El libro de los recuerdos* (Beca Guggenheim), *La muerte como efecto secundario* (Premio Ciudad de Buenos Aires en novela y Premio Club de los Trece), *El peso de la tentación* y la última, *Hija*. En 2009 sus primeros cuatro libros de cuentos se publicaron reunidos

con el título *Que tengas una vida interesante*. En 2014 obtuvo los premios Konex de Platino, el Premio Nacional de Cuento y Relato, y Premio Esteban Echeverría. En 2015 recibió el Premio Trayectoria de la Asociación de Artistas Premiados. Y en 2016 el Premio Democracia. También recibió varios premios nacionales e internacionales por su producción infantil-juvenil, muy difundida en América Latina y España.

La crítica la considera una referente internacional del microrrelato en lengua española. En 2016 le fue otorgado en México el I Premio Internacional Juan José Arreola de Minificción. Sus primeros cinco libros de microrrelatos son *La sueñera*, *Casa de Geishas*, *Botánica del caos*, *Temporada de fantasmas* y *Fenómenos de circo*. Con una parte de *Fenómenos*, se publicaron reunidos en *Cazadores de letras*. Su último libro de microrrelatos, se llama *La guerra* y fue publicado en 2019. En 2022 publicó en Buenos Aires el libro de cuentos *Sirena de río*. En 2025 publica en Madrid su nuevo libro de cuentos *El cuerpo roto*.

Parte de su obra ha sido traducida a dieciséis idiomas. Forma parte de la ANLE, la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Es miembro honorario de la AATSP (American Association of Teachers of Spanish and Portuguese). Y en 2025 le ha sido otorgado en Argentina el Doctorado Honoris Causa por la Universidad Nacional de Cuyo.

Acerca de *Un cuerpo roto*

Dime lo que lees y te diré lo que escribes. Como lectora, me entrego con fascinación todo texto que tenga que ver con enfermedades, plagas, pestes, curaciones. De ahí que buena parte de mi obra está dedicada también a ese tema constante y perturbador, que toma protagonismo en *El cuerpo roto*. Los libros del genial escritor y neurólogo Oliver Sacks son una de mis lecturas preferidas, pero no me pierdo ninguna otra. Mientras lo escribía, releía algunos de los libros que me provocaron en su momento horror y placer. Cito al azar *Opus nigrum*, de Marguerite Yourcenar, *Morfina*, de Mijaíl Bulgákov, *La montaña mágica*, de Thomas Mann, y su adláter, la bellísima *Perorata del apestado*, de Gesualdo Bufalino, *Ante todo no hagas daño*, de Henry Marsh, y tantísimos otros.

Me pregunto de dónde viene ese interés un poco morboso (es decir, enfermizo) y siempre presente y tengo que remontarme a mi infancia, a mis primeras lecturas. A mí, de chica, siempre me gustaron las novelas de aventuras. Se escribe porque se lee, se escribe, entre muchas otras razones, para imitar eso que nos ha provocado tanto placer. A los diez años, yo hubiera querido escribir novelas de aventuras. Pero no cualquiera es aventurero, no cualquiera es capaz, en la realidad o en la fantasía, de explorar territorios desconocidos (de los que además, ya quedan tan pocos), no cualquiera es capaz de lanzarse aún literariamente por territorios lejanos y misteriosos, no cualquiera es espía o corresponsal de guerra. Y sin embargo hay dos aventuras que son comunes a todos los seres humanos, que todos hemos experimentado, que todos hemos enfrentado, soportado, padecido: son la enfermedad y el amor. A mí me interesa, sobre todo, la enfermedad. Y aquí está *El cuerpo roto* para demostrarlo.

Desnudo en la camilla de Terapia Intensiva (desnudo como en el sexo y la tortura), obscenamente expuesto y abierto en las intervenciones quirúrgicas, penetrado por espéculos, agujas, dedos engomados, sondas, respiradores o cámaras de televisión, el cuerpo humano es reiteradamente violado por una raza de artistas que también lo aman: los que practican el arte de curar. Entre los escritores médicos, genios como Chejov, como William C. Williams observan desde todos los ángulos la despareja relación de poder médico-paciente. Talentos como Axel Munthe o como Cronin, artesanos como Noah Gordon, Michael Crichton, se ubican sobre todo en el lugar del médico. Como autora, suelo elegir el lugar del doliente, pero no siempre, no en todos los cuentos. Fascinada por esa relación sadomasoquista, (y hay que decir que el sádico no siempre es el médico) traté de que *El cuerpo roto* se acercara a la medicina desde diversas perspectivas: las de la persona enferma, la de quienes lo rodean y lo cuidan, que muchas veces sufren tanto o casi tanto, la de los médicos. Más la perspectiva de los sobrevivientes. Porque la medicina también se toca con la literatura por su proximidad con la muerte. Los seres humanos estamos obligado a fingirnos eternos para sobrevivir. La idea de la muerte es intolerable y necesitamos de una falsa sensación de inmortalidad para poder seguir adelante: sólo la medicina y la literatura pueden soportar la constante certeza de que ninguna historia humana termina bien. De algún modo seguimos adelante, aún con *El cuerpo roto*.

Mientras escribía los cuentos que componen *El cuerpo roto* me sentía partícipe de una antigua tradición. Cuerpos sometidos que se rebelan desde la palabra, creando un tópico que se reitera a lo largo de los siglos: el de las invectivas contra los médicos. En la España de los siglos XVII y XVIII, Quevedo y su discípulo Torres de Villarroel expresan el horror y la humillación de los enfermos sometidos a los brutales tratamientos de la época, enemas, sangrías, vomitorios, dietas y sanguijuelas. Chejov es quizás el primero en describir desde adentro, desde el lugar del enfermo, los horrores de un hospital psiquiátrico. En esa tradición se inscribe el relato que hace Martín Fierro (el libro inaugural y fundamental de la literatura argentina) de las bárbaras curaciones con que las médicas indígenas enfrentan una epidemia de viruela, quemándoles la boca a sus pacientes con huevos hirviendo. Si en otras épocas los hospitales no eran más que morideros adonde los enfermos se resistían a ser internados, los autores actuales incorporan la combinación de medicina y burocracia que hacen de un hospital moderno el microcosmos de nuestro universo social. Es curioso que ningún avance de la ciencia médica (y los hay, y son extraordinarios, y todos los conocemos) logre paliar cierto oscuro terror: se teme a la curación tanto como a la enfermedad. Fabricantes de best-sellers, como Cook o Slaughter expresan no menos desconfianza que Quevedo hacia las prácticas médicas de nuestra época. Adelantos asombrosos, como los trasplantes, provocan fantasías terroríficas y muy compartidas, por ejemplo, esa idea que podrían secuestrarnos para robarnos los órganos. Pero también existe el horror real: los efectos secundarios de la quimioterapia, las quemaduras de la radiación, la anestesia, las operaciones, ¿no son acaso comparables a los huevos hirviendo de las curanderas ranqueles? Y si, por suerte, esas prácticas en la mayor parte de los casos resultan salvadoras, ¿no son, acaso, a veces, igualmente inefectivas? Y la literatura, una vez más, se hace cargo de los temblores secretos de la humanidad.

Los temas literarios van siguiendo la realidad de las epidemias y las endemias de cada época. En el siglo XIX hay una literatura de la tuberculosis, en el siglo XX, una literatura del cáncer, y en los últimos años del siglo XX y primeros del siglo XXI, hay una literatura del SIDA, en los últimos años, una literatura del COVID, con su carga adicional de encierro. Si nos decidiéramos a incorporar las enfermedades mentales, la lista sería infinita. La psicosis paranoica, por ejemplo, ha provocado alta literatura en todas las culturas. Me limito a mencionar el *Diario de un loco*, del autor chino Lu Shin. Si nos centramos en las enfermedades cuyo sustrato fisiológico ya ha sido comprobado, tenemos hoy el Alzheimer, que por su particular relación con el lenguaje, con el desmembramiento y la pérdida del lenguaje, resulta en los últimos años un tema fascinante para la literatura de ficción y no ficción. Un tema que, por supuesto, también tiene lugar en *El cuerpo roto*, donde trato de demostrar esa sencilla verdad que todos sabemos y tratamos de olvidar: que somos nuestros cuerpos y somos nuestras mentes, al mismo tiempo y sin grietas, esa dolorosa conjunción que nos hace humanos.

Diálogo y debate: temas y subtemas



☛ *El cuerpo roto* comienza con un texto a camino entre la no ficción y la ficción donde de una forma u otra se subraya lo testimonial. A partir de aquí, ¿cuánto se puede percibir que hay de biografía distorsionada en la medida que toda escritura es una verdad distorsionada por quien escribe?

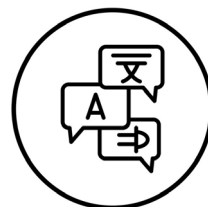
☛ El concepto de “cuerpo roto” se abre desde la literalidad a lo simbólico: el cuerpo enferma y envejece, el cuerpo sana y al cuerpo se le cuida. Pese a lo que supone el paso del tiempo o la falta de salud, el libro transita por la dignidad, el esfuerzo, la luz de quien lucha y sobrevive. ¿Cómo se ha entrado en el libro con este territorio que es el “cuerpo” y que en estos últimos años es clave central de discursos y reflexiones no solo literarias?

☛ Hay algunos cuentos que inciden en quien cuida y los vínculos que se crean en torno al cuidado del enfermo. ¿Quién cuida al cuidador? ¿Qué dolencias sufre quienes acompañan en el proceso de la enfermedad? ¿Se abre un diálogo sobre esto?

☛ Los cuerpos también se rompen en su psicología, en su psiquiatría, incluso en patologías de demencia. El libro no elude esta realidad. ¿Cómo la habéis sentido?

☛ El libro se cierra conmovedoramente con la pérdida, la muerte. Y a su vez parece que el libro vuelve a lo biográfico y cierra magistralmente una estructura circular. ¿Cómo habéis abordado esos cuentos más dolorosos donde se impone la pérdida y el duelo?

El tema



La literatura y la medicina continúan dialogando hoy con una fuerza renovada. En un tiempo donde la tecnología médica avanza con rapidez, la literatura recuerda que detrás de cada diagnóstico hay una historia, una voz, una vida que necesita ser contada. El tema de la salud, la enfermedad y el cuidado sigue ocupando un lugar central en la creación literaria contemporánea en España y en América Latina.

En la literatura española actual, encontramos autores que exploran la experiencia de la enfermedad desde la intimidad. Rosa Montero, en *La ridícula idea de no volver a verte* (2013), entrelaza el duelo por la muerte de su pareja con la figura de Marie Curie, y

reflexiona sobre el dolor, la pérdida y la resiliencia. Marta Sanz, en *Clavícula* (2017), convierte la enfermedad crónica y el dolor físico en materia narrativa, ofreciendo un testimonio que mezcla confesión y reflexión crítica sobre cómo la sociedad trata a los cuerpos vulnerables. Incluso Javier Cercas, en novelas como *El monarca de las sombras* (2017), introduce la enfermedad y la fragilidad física como contrapunto a la épica de la guerra, recordando que los cuerpos siempre llevan la marca del sufrimiento.

En la literatura latinoamericana contemporánea, la enfermedad aparece como metáfora, experiencia íntima y denuncia social. Samanta Schweblin, en *Distancia de rescate* (2015), construye una narración inquietante en torno al envenenamiento ambiental y la enfermedad como amenaza invisible que desestructura los lazos familiares. Valeria Luiselli, en *Los ingrátidos* (2011) y *Desierto sonoro* (2019), aborda las fragilidades físicas y psicológicas en medio de la migración y la vida nómada, mostrando cómo la precariedad impacta en el cuerpo y la mente. También Guadalupe Nettel, en *El cuerpo en que nací* (2011), narra la experiencia de crecer con un ojo enfermo y cómo la diferencia corporal configura una identidad. Por su parte, la chilena Nona Fernández, en *La dimensión desconocida* (2016), no habla de enfermedad en sentido clínico, pero sí del trauma como una herida en la memoria colectiva que enferma a toda una sociedad. Magalí Etchebarne, en *La vida por delante* (2024) aborda el cuidado del enfermo y la experiencia del duelo.

En ambas tradiciones, españolas y latinoamericanas, el cuidado aparece como un acto ético y literario: cuidar al enfermo, cuidar la memoria, cuidar las palabras. Estas obras muestran que la salud no es solo un asunto biológico, sino también social, político y emocional. La enfermedad es narrada no únicamente como un límite, sino como un lugar de resistencia desde donde se puede hablar del amor, la identidad y la dignidad.

En definitiva, la literatura contemporánea ilumina lo que la medicina muchas veces no puede registrar: la experiencia subjetiva de la vulnerabilidad. Frente al cuerpo enfermo, los escritores actuales nos recuerdan que narrar también es una forma de cuidar, y que en la fragilidad se revela una parte esencial de lo humano.